

gaba a su memoria como a un corcel cansado. Todo en la vida de Antonia le parecía mentira. Hasta su misma muerte, anormal, misteriosa, le produjo una sensación nueva, turbadora. La idea de que la casualidad había provocado su caída, desapareció por primera vez en su juicio. Una alegría repentina le saltó al cuello.

Se puso el sombrero y salió. Eran las siete. Una mañana serenísima de mayo, de albor rosáceo, riente, sonora, empenachada.

Sandes tomó el tranvía: un 52. Pagó el boleto sin ver, sin hablar y permaneció en la plataforma, apoyándose contra el ángulo de los barrotes, mirando obstinadamente hacia el pavimento. Y tras el espacio que el coche iba mostrando, las vías, bruñidas, despidiendo destellos blancos, corrían, en un movimiento huyente, ciñendo el paralelo, ansiosas, atraídas por el punto de la lejanía.

Bajó en la calle Gaboto y siguió a pie hasta Cerro Largo. Por allí vivía Francisco Labadie. La mujer de servicio se sorprendió. Fué a anunciarlo. Luego le hizo pasar al dormitorio de Francisco.

—¡Tú aquí! ¿Qué te pasa? ¿Vienes de parranda?... A ver: abre ese postigo.

Julio abrió el postigo, tiró el sombrero sobre un diván y se mantuvo mirando a su compañero sin poder hablar.

—¡Eh!... parece que estás enfermo. No has dormido, seguramente. — Labadie, inquieto, se sentó en la cama. — ¿Qué ocurre?...

Sandes se sentó a su lado y se puso a sollozar. Era un lloro sarmentoso, estrangulado como un grito sordo. Refirió el incidente revelador y de intimidad en intimidad fué relatando episodios breves hasta entonces absurdos, extravagantes, pero que, de pronto, luego de la confesión inesperada de la vieja, descubrían su sentido lógico, como ante la luz se limitan a su forma real, los objetos fantaseados por la sombra. Su amigo le escuchaba, asistiendo fácilmente, sin sorprenderse, dando la impresión de que no oía nada nuevo. Tan elocuente era su actitud que Julio le preguntó:

—Pero ¿tú sabías?... — Labadie inclinó la cabeza en una afirmación breve. — ¡Tú sabías y nunca me dijiste una palabra, — gritó furioso, — tú sabías!...

—Cuando lo supe ya era tarde. Por otra parte, ella fué buena contigo.

—¡Buena!... — exclamó con los puños cerrados; — buena una... — y soltó un insulto.

—Ten piedad de ella, Julio. Piensa que está muerta.

—No, no... Esté donde esté. Muerta o viva, es lo que es. Además, ¡cómo la defiendes! Posiblemente, tú también fuiste su amante, ¿eh?...

—Estás loco, Julio, estás loco... — Medió un silencio. Sandes se había alejado hacia la ventana. Se hallaba de pie, los brazos cruzados sobre el pecho que se debatía jadeante, la mirada inquie-

ta, jugando sus párpados en un aleteo nervioso. Un elemento más amargo, una espina más punzante acababa de herirle. Repetía, siguiendo el eco de su pensamiento que persistía como persiste en la lejanía el movimiento convulso del trueno:

—¡Tú sabías, tú sabías!... — Labadie no se había movido. Sentado sobre el lecho, algo intimidado, la mirada clavada en Sandes, también repetía, pausado, rítmico como un latido:

—¡Estás loco, estás loco!... — Súbitamente, Sandes se volvió hacia él, avanzando paso a paso. Tenía en el rostro una expresión cruzada, terrible. A la angustia una burla repugnante. Sobre la llaga abierta el moscardón azul.

—Oye, —decía, — oye. Antonia no murió, así, como cree la gente. No fué la casualidad. Yo la maté...

—¡Eh!...

—No fué la casualidad. Fui yo, fui yo... — Iba a relatar aquel acontecimiento que él mismo no podía comprender: su deseo vehemente de que Antonia muriera, la influencia decisiva de su pensamiento, la caída alucinante hacia el abismo, su propio asombro. Pero se detuvo un instante. Adivinó que su amigo no le creería, que le juzgaría bajo una racha de locura, empecinado en demostrar lo imposible. La verdad le pareció débil, imprecisa, falsa. Entonces modificó el episodio. Sobre la trama real, tejió su trama, más simple, más asequible.

—Yo la maté, yo... — Se había vuelto a sentar junto a su amigo y le hablaba de cerca, cara a cara, sofocado, desgarrada la voz que, a veces, silbaba en su garganta.—Aquella tarde, cuando vi a Antonia sentada sobre el pretil de la azotea, comprendí lo que tenía que hacer. Subí las escaleras saltando sobre los escalones para tratar de llegar antes de que ella intentara bajar. La detuve. Antonia, inquieta, cerraba la puerta de la garita cuando me vió. No le di tiempo. Quiso gritar; pero le metí el puño en la boca. Tuve que hacer mucho para desprenderme de ella. Como no podía maniobrar más que con una mano, con los dientes le rompí los dedos. Después, asegurándome con un pié contra el muro, aproveché un segundo y la arrojé por el vacío. Ella dió un grito. Bajé y cuando estuve a su lado comencé a llamar:

—¡Se cayó, se cayó! — Vinieron los vecinos y creyeron todo. ¡Ja, ja!... la gente es idiota. No fué la casualidad. Yo la maté, yo... La casualidad es una invención mía!...

Labadie estaba lívido. Echado hacia atrás, enarcadas las cejas, repetía con lentitud, desfalleciente, profundamente trastornado:

—¡Tú estás loco, estás loco, estás loco!...

José PEDRO BELLAN.

E L B U E Y

Husmea en el aire
un sano olor a hierba.
Lleva la cruz del yugo
y es de madera como la de Cristo.

Como una maldición
en su martirio arrastra
la falta de su sexo,
mientras soporta el áspero
regocijo chillón de la carreta.

Y en las largas jornadas
se alimenta
con bocados de sol,
de viento y tierra.

Y apesar de su sed
pacientemente
lame el paisaje
con sus ojos muertos.

J U L I O J . C A S A L